



## ¿QUÉ MÉRITO HAY EN ECHARLE A LA CALLE? LECTURA DE FE DE MARCELINO CHAMPAGNAT

Hacia la misma época, le llamaron para confesar a una mujer enferma. La halló en gran desamparo y carente de todo, hasta la leña para la lumbre. La confesó, consoló y exhortó a poner la confianza en Dios, ofrecerle sus padecimientos e indigencia. Pero comprendió luego que en una situación semejante no bastan las palabras de consuelo. Mandó, pues, que le llevarsen todo lo necesario referente a alimentos, ropa y combustible. Le proporcionó asistencia de día y de noche, y comprometió a un médico para que viniese a visitarla y le prestase caritativamente la ayuda de su ciencia.

Fallecida aquella mujer, el padre Champagnat se hizo del hijo que dejaba. De resultados de la larga enfermedad y extremada pobreza de la madre, el muchacho no había recibido ningún principio de religión y había contraído algún hábito vicioso que, al agriarle el carácter y corromperle el corazón, volvieron inútiles todos los cuidados que se le dieron. Los hermanos, a los que lo confió el padre, no le dejaron carecer de nada en cuanto al comer y vestir. Le mantuvieron en clase, se esmeraron en infundirle principios religiosos, corregirle defectos y malos hábitos.

Pero, en vez de aprovechar tanta solicitud y mostrarse agradecido, no correspondió a aquella bondad sino con insultos, ingratitud y rebeldía. Enseñado a vivir vagabundo y seguir con plena libertad sus malas inclinaciones, no pudo soportar la sujeción que le exigía el horario de un centro escolar, ni las lecciones y paternas avisos de los hermanos.

Se escapó varias veces, pues prefería andar de pordiosero y vivir pobre, antes de doblegar su voluntad indócil y someterse a la disciplina de la escuela.

Los hermanos lo volvieron a traer cada vez a casa y acudieron a todos los recursos que les sugirió el celo, para intentar corregirle, cautivarle el ánimo e inspirarle sentimientos mejores. Pero, desalentados a la vista de la inutilidad de sus esfuerzos, acabaron por rogar al padre fundador que lo abandonara a su desdichada suerte.

“Perdemos el tiempo con él - alegaron -, y tarde o temprano habrá que despedirlo”.

El padre, cuyo celo era más firme e indulgente, les exhortó primero a tener paciencia y rezar por aquel desgraciadillo. Pero, al ver que persistían en pedir que se le expulsara, les replicó: “Amigos míos, si lo que pretenden es quitarse de encima a un pobre huérfano, es cosa muy sencilla. Pero, ¿qué mérito hay en echarlo a la calle? Si lo abandonan, ¿no es de presumir que les pida Dios cuenta de su alma? ¿No temen tampoco perder así una ocasión de ejercer la caridad y el celo, y privarse, por consiguiente, del mérito de volver a traer ese niño a la senda de la virtud? Si le expulsan, Dios encargará a otro a su cuidado y le dará la gracia de educarlo; y, aunque demasiado tarde, se van a arrepentir de haber despreciado, por falta de paciencia, tan gloriosa misión. Hemos adoptado a ese niño, no podemos abandonarlo. Tenemos que guardarlo, aunque sea muy díscolo y no responda a nuestra solicitud; y hemos de empeñarnos en conseguir que llegue a ser lo que nos hemos propuesto”.

“Por lo demás - añadió -, no se desalienten. Dios no ha de permitir que se frustren tantos actos de caridad, tantos sacrificios como se imponen por ese huérfano. Encomiéndenle ese niño y pronto, estoy seguro, les dará tantos consuelos como penas les ha proporcionado”.

Efectivamente, poco tiempo después, el niño que durante años enteros, por su mala conducta, había sido causa de tanto enojo para los hermanos, cambió totalmente: se volvió manso, dócil, cuerdo y piadoso como un ángel. Tras haber recibido la primera comunión con las disposiciones más edificantes, pidió ser admitido en la comunidad. Y se le concedió ese favor. Lleno de estima por la vida religiosa, fue un hermano piadoso, observante, obediente y murió como un predestinado, a los veintiún años de edad, en los brazos del fundador, después de haberle agradecido cuanto por él había hecho.



Este ejemplo nos recuerda los avisos que daba el fundador a los hermanos referente a los niños cuya conducta los pone en el trance de ser despedidos de la escuela.

**Para trabajar en grupo:**

1. ¿Qué sentimientos te produce este hecho de la vida del P. Champagnat?
2. ¿Qué datos entrega el texto que indiquen que la lectura que hace Marcelino de la situación es una lectura de fe?
3. ¿Es posible que nosotros hagamos también lecturas de fe ante casos parecidos? ¿Es posible funcionar así en nuestros colegios actuales? ¿Hasta cuándo se puede retener a un alumno (a) en nuestros colegios?